

30 de marzo 1958

De Miguel a Mercedes

Pequeña:

Me encanta el contenido de tu carta. Se trata de algo que ha llenado las horas de este día con la presencia de la verdad; pues cuando tú me hablas así, yo encuentro la verdad, siempre buscada, y sólo en ti hallada, oh Mercedes.

Ahora quisiera sentir sobre mi ser el calor increado de tu mirada, tan noble como la de una diosa que sólo necesitara de sí misma. Quizá la costumbre de la soledad, que siempre llevaste contigo, según tu propia naturaleza, te haya concedido esa mirada nobilísima, más allá de la cual nada hay bello. Yo sé decir que ante ella siéntome favorecido por la comunicación de tu soledad, creyendo poseer la intimidad de una diosa, oh Azenaia, objeto imperecedero.

De mañana cogíome el amanecer trabajando. Entonces experimente la sensación de tu próxima venida, tan cercana, clara como la aurora, alegre, sencilla, modesta e inmanente.

Oh Mercedes, gracia de las gracias, verdad que yo encontré, semejante, fatalidad de mi ser, huida de mi corazón, reposo, trigo, nieve en verano, aire de las alturas, olor de romero, sábana limpia, agua tibia, silencio del campo, silbo en la soledad, obra perfecta, *stimmung*, yo te amo. Aunque tú no fueras, yo te amaría, porque eres cuanto he intuido, y toda intuición es verdadera, buena y bella. Pues si la intuición nos engañara, ¿qué demiurgo habría hecho el mundo? Si existiera ese demiurgo entretenido en falsear nuestras intuiciones, yo te amaría por encima del demiurgo y del error, pues mi corazón es aprehensión de ti.

Yo te amo, Mercedes, y te amo con todo mi ser, mi inocencia y mis aficiones. Te amo con todo aquello que reservé para el soñado día de la asunción de las cosas hacia su fin, es decir, con las mismas palabras hechas para el Padre. Así, pues, no te hablo desde el consciente ni desde el subconsciente mundanales, sino desde allí donde todo es unidad, según tú misma dijiste.

Te beso con el infinito amor reservado para ti desde que vi la luz de tus claros ojos,  
hija de Zeus, semejante, milagro, legado de la bella Hélade.

Puella, amo te:

Miguel